

# LA ACCION POLITICA Y MILITAR DE ESPAÑA EN LA GUERRA CON LA REVOLUCION FRAN- CESA (1793-95). SUS ESPECIALES CARACTE- RISTICAS

por EDUARDO ESCARTIN LARTIGA  
Teniente Coronel de Estado Mayor, del Servicio Histórico Militar

## ESPAÑA ANTE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

En la guerra de España con la Revolución francesa, corresponde a aquélla un papel destacado y particular entre las naciones europeas que hubieron de coaligarse contra ella, tratando de salvar, no ya el régimen monárquico, sino la propia vida del infortunado rey Luis XVI, reconociendo los mismos historiadores y escritores franceses, que fué España la única nación que al declarar la guerra a Francia lo hizo movida tan sólo por ineludibles compromisos de honor, siendo sus ejércitos los que hubieron de manifestar la fortaleza necesaria para mantener la lucha contra los de la Revolución.

Luis de Marcillac, el refugiado francés que acogido en nuestra Patria hubo de asistir a la guerra en cuestión y escribir su historia como testigo de ella, después de declarar que «una ceguedad extraordinaria, y podría decirse que culpable, si ella fué calculada en efecto, se apoderó de algunos soberanos y les condujo a armarse contra Francia, no por destruir en su nacimiento la hidra que les amenazaba de una próxima destrucción, sino para repartirse los despojos de un reino cuyo esplendor y riquezas envidiaban», afirma que «en lugar de hacer la guerra a la anarquía, unos monarcas insensatos combatieron a los franceses y de este modo encontraron enemigos en aquellos mismos hombres que les hubiesen tendido los brazos, si en lugar de conquistadores ávidos, hubieran visto llegar libertadores nobles, generosos y desinteresados».

«Tan sólo España, persuadida de que la felicidad de Europa reclamaba la restauración de la realeza en Francia; convencida de cómo los soberanos debían ser solidarios entre sí para conseguir sus propósitos; fiel a su pacto de unión, esforzóse desde un principio en salvar la vida de un monarca pariente suyo. Mas, a pesar de todo cuanto pudo hacer a este propósito, no habiendo podido impedir el horrible atentado del 21 de enero de 1793, Carlos IV unióse a los soberanos que él creía dominados de intentos tan puros como los suyos, y al efecto dispuso que su nación tomara las armas, y lanzándose a la lucha, la guerra que España hizo a la Revolución fué una guerra franca, motivada por razones de equidad y de justicia.»

El historiador militar francés, Napoleón Fernel, en su notable historia *Campañas de la Revolución francesa en los Pirineos orientales*, editada en París el año 1861, siendo Jefe de Batallón de Ingenieros, después de dar cuenta de todas las tentativas realizadas por el monarca español y su gobierno para evitar la guerra y del fracaso de las mismas ante la actitud francamente inquebrantable de la Convención de París, declara: «España, no obstante, puso una noble y admirable persistencia de este propósito, pero éste fué tan sólo un soplo en una tempestad, y estos últimos esfuerzos de la diplomacia que habían más bien agravado que favorecido a la causa del desdichado monarca, si alguna circunstancia pudiera, en efecto, agravarla, tales esfuerzos no sirvieron más que para dulcificar las últimas horas de su agonía. Asegúrase, en efecto, que a las noticias de estas tentativas, un rayo de esperanza penetró en la torre del Temple, y de esta suerte el infortunado prisionero pareció por un momento abandonarse a los dulces sueños de una tierra de exilio y de reposo en cualquier sitio aislado de la Sierra Morena, *«en la que, al menos, él decía, no le podrían disputar sus derechos de padre de familia y de labrador.»*»

#### FRANCIA DECLARA LA GUERRA A ESPAÑA

Pero todo fué en vano; la Revolución francesa, como todas las revoluciones, es insensible a la generosidad e incapaz de toda fórmula de concierto razonable. «En la terrible noche del 16 al 17 de enero —expone Fernel—, cuando se verificaba el escrutinio de la votación que había de decidir la vida o muerte del rey, en medio del tumulto, el presidente anuncia un mensaje, una nota urgente.

Sorpresa. La Asamblea se apacigua por un momento. Escucha. Era una última diligencia de España, una postrera súplica para la vida del condenado; pero, a las primeras palabras, la tempestad suspendida se renueva y no se escucha más que la voz resonante de Danton, que quiere que inmediatamente, para castigar a España de su insolencia, se la declare la guerra, y que se incluya al *Tirano de Castilla* en la exterminación de todos los reyes del continente».

No obstante, el fracaso de todas las negociaciones para salvar la vida de Luis XVI y de las tentativas del Conde de Aranda para evitar un conflicto con la República victoriosa, la declaración de la guerra no se hizo esperar, y fué aquella la que hubo de hacerlo primeramente el 7 de marzo de 1793, fundada en razones faltas de toda realidad y con el propósito final de que los Borbones desaparecieran del trono español, *llevando la libertad al clima más benigno y al pueblo más magnánimo de Europa*.

Después de esta declaración de la Convención, «no era, pues, de esperar en Carlos IV otra resolución que la de guerra —según lo expone el General Gómez de Arteche— (1), ansioso de vengar la muerte de su pariente y dar satisfacción a sus vasallos, entre quienes eran raros los que, como Aranda, pusieran de manifiesto su oposición a una lucha, así provocada y cuyo guante hubiera parecido vergonzoso y cobarde no recoger inmediatamente» (2). Y esta determinación se justifica mucho más al tener en cuenta que, «aún antes de reconocerse la resolución del rey llovían en la Corte representaciones y ofrecimientos cuantiosísimos para mantener la guerra y hasta para llevarla al país vecino, revelándose la opinión por modo tan elocuente, que era de temer cualquier acuerdo que no llegara a satisfacerla».

En modo alguno podía Carlos IV desentenderse de esta obligación de declarar por su parte la guerra a Francia, y al efecto, el 23 del mismo mes de marzo expedía un decreto disponiéndolo así, no dejando de expresar las razones que motivaban esta resolución,

---

(1) *Reinado de Carlos IV en la Historia general de España*, dirigida por Cánovas del Castillo.

(2) Según lo indica en nota aparte este historiador: «El general Foy, en su *Historia de la guerra de la Península por Napoleón*, dice a este propósito: «Era necesario (a Carlos IV) tomar las armas; porque si no lo hubiese querido, su nación habría hecho sin él la guerra. La condenación de un rey por los que antes eran súbditos suyos había llenado de horror a un pueblo religioso y sensible».

como eran la infecundidad de las gestiones hechas en favor de la paz, el cruel e inaudito asesinato del soberano de Francia y, finalmente, la declaración de guerra publicada por la Convención, todo esto sin contar con los muchos atropellos cometidos con nuestras naves de guerra y comercio, según las patentes de corso expedidas por aquel gobierno, que obligaban, como era lógico, al español a expedir órdenes para detener, rechazar o acometer al enemigo por mar o por tierra, según las ocasiones que se presentaran.

#### MEDIDAS MILITARES ADOPTADAS POR AMBOS PAÍSES

No entra dentro de los límites de este trabajo dar cuenta de las medidas tomadas por la Corte de Madrid para emprender la guerra, y el entusiasmo y la generosidad con que la Nación entera hubo de ofrecerse al gobierno presidido por el Duque de Alcudia para llevarla a cabo. «La guerra declarada y proclamada—expone Marcillac—, todo en España tomó una actitud guerrera, todos los cuerpos, todas las clases sociales, apresuráronse a rendir al soberano pruebas de su celo y de su adhesión; y por el entusiasmo que manifestaron los españoles, demostraron que los furores de la anarquía y de la revolución encontrarían sus límites en la cima de los Pirineos... Los españoles que no pudieron ofrecer su sangre por la defensa del país, contribuyeron con oficios pecuniarios. De todas las posesiones españolas de Ultramar llegaron también contribuciones que se impusieron voluntariamente los súbditos de S. M. C. por todo el tiempo que durara la guerra contra Francia; y puede asegurarse que todas las clases, todos los estados, todos los españoles, finalmente, contribuyeron los unos con su sangre, los otros con su fortuna, a impedir la propagación de principios antisociales en su dichosa Patria.»

De cuanto acabamos de exponer podemos declarar con toda razón que, en la guerra de las naciones europeas contra la Revolución, España desempeña un papel noble y generoso sobre todas ellas, según es reconocido por el propio testimonio francés. Pues bien, hemos de hacer presente asimismo, que, en el orden militar, el mando y el ejército español da pruebas de poseer cualidades que le hacen capaz de hacer frente al entusiasmo y fortaleza del francés y de saber adaptarse a las nuevas características que se ofrecen en el desarrollo de

la acción militar, adoptando aquellos procedimientos tácticos capaces de responder a los modernos métodos de guerra y formación de las tropas tomados por el enemigo.

Interesa, por consiguiente, para fundamentar nuestros posteriores razonamientos, describir la constitución y modo de ser de ambos ejércitos contendientes. Y dejemos una vez más que sea el testimonio francés el que nos dé cuenta de lo que era el suyo en la ocasión de que se trata: «En su ardor por fundar una república que no podía ser más que el resultado de una crisis violenta —expone Rocquancourt, en su *Curso completo de arte y de historia militares*— la Asamblea legislativa había pedido la guerra, sin que la inquietasen mucho los medios de hacerla. El ejército, para el cual a cada golpe sufrido por la monarquía habían seguido nuevas pérdidas en oficiales y soldados, sólo presentaba cuadros incompletos en el momento de la invasión de los prusianos. Un decreto de julio de 1791, por el que se debía levantar un ejército de ciento setenta batallones de seiscientas plazas cada uno, se había ejecutado muy imperfectamente. Por numerosa que fuese la guardia nacional de 1789, no podía contarse con ella; porque aunque era muy a propósito para influir en la marcha del gobierno, esta milicia de las poblaciones, sin instrucción, sin disciplina y apegada a sus hogares por mil intereses diversos, no podía defender las fronteras, ni muchos menos servir para expediciones exteriores».

Cualquiera que fuese el pensamiento de la Asamblea acerca de su conducta respecto del peligro que pudiera correr por parte de las potencias europeas centrales, no pensó en los medios de poner al ejército bajo un pie respetable hasta después de la declaración de guerra y de haber tomado algunas medidas insignificantes, como la creación de cuerpos francos de compañías departamentales o de legiones. «Una ley tardía del 20 de julio de 1792 —sigue informando el historiador militar francés— hizo subir el efectivo del ejército a cuatrocientos cincuenta mil hombres, comprendiendo en este número los guardias nacionales voluntarios y la gendarmería. Esta ley declarando la Patria en peligro, llamaba a todos los ciudadanos a las armas. «Tiempo es —decía el relator en el lenguaje algún tanto declamatorio de la época— tiempo es de destruir la liga siempre amenazadora de los enemigos conjurados contra la nación, y de oponerles una fuerza militar de tal manera imponente por solo su masa, que les haga perder toda esperanza de invasión, y temer por el contrario, que

muy pronto llevemos a sus naciones el estandarte de la guerra, y el germen precioso de la libertad que quieren aniquilar en Francia para perpetuar la esclavitud de las naciones».

#### CAUSAS DE LOS PRIMEROS ÉXITOS DE LA REPÚBLICA

No hemos de negar la importancia que las amenazas revisten en el desarrollo de la vida, no ya de los pueblos y de los Estados, sino en el de los propios individuos. «Sin embargo, no podía ocultarse a la Asamblea que las amenazas no detendrían a los prusianos, y decretó como medida de urgencia el 27 de agosto, cuando ya esperaba la llegada de los voluntarios de los departamentos, una leva de treinta mil hombres en París y sus cercanías. Tales fueron, con los cuerpos francos y los restos de las antiguas tropas de línea, los elementos del ejército que venció en Valmy y en Jemmapes».

Era muy lógico que Rocquancourt tratase de darse cuenta de las causas que hubieron de determinar el vencimiento de austriacos y de prusianos en tales batallas. En la primera de ellas un furioso cañoneo por ambas partes que duró casi todo el día, fué suficiente para que a las siete de la tarde el combate cesara, al retirarse los prusianos del campo de batalla. El ejército francés no contaba más que con unos cincuenta mil combatientes; los jóvenes voluntarios franceses, que se encontraron por primera vez bajo el fuego de la artillería, se mantuvieron con admirable serenidad y en diversas ocasiones, al grito mil veces repetido de ¡Viva la Nación!, cargaron al enemigo con la sangre fría y la intrepidez de los viejos soldados.

Comentando esta batalla Ernesto Hamel, en su *Historia de Francia, desde la Revolución a la caída del segundo Imperio*, reconoce que fué la primera batalla formal en la que la Revolución hubo de encontrarse con el enemigo exterior y que «sin haber revestido muy grandes proporciones, tuvo una importancia capital, siendo la que dió al enemigo la idea de lo que eran los soldados franceses, infundidos del ardor patriótico de los batallones que desde todos los puntos del país se les veía encaminarse a la frontera. Muchos de los ciudadanos que desconfiaban, sintieron reanimar su espíritu; su patriotismo aumentó al eco del cañón de Valmy; y la Convención, que abrió sus sesiones en la mañana siguiente de esta gloriosa jornada, pudo, desde luego, estar cierta de que los reyes no vendrían fácil-

mente a derrocar la República que acababa de proclamar su advenimiento».

Por su influencia moral también, no por el desarrollo que la batalla pudiera tener, del mismo modo que la anterior de Valmy, la de Jemmapes afianzó la existencia de la República, exaltando el valor y la importancia del ejército francés. La superioridad en número de las tropas de Doumouriez sobre las del general austriaco Duque de Sajonia Teschen, que había reducido mucho su contingente por el empeño de defender la línea de Namur, Charleroi y Mons, fué causa de que, no obstante la falta de consistencia y firmeza de las fuerzas francesas, el 6 de noviembre de 1792 la Revolución pudiera contar con una segunda victoria, que hubo de tener en toda Europa una gran resonancia, causando una fuerte depresión en el orgulloso ánimo de los Estados centrales.

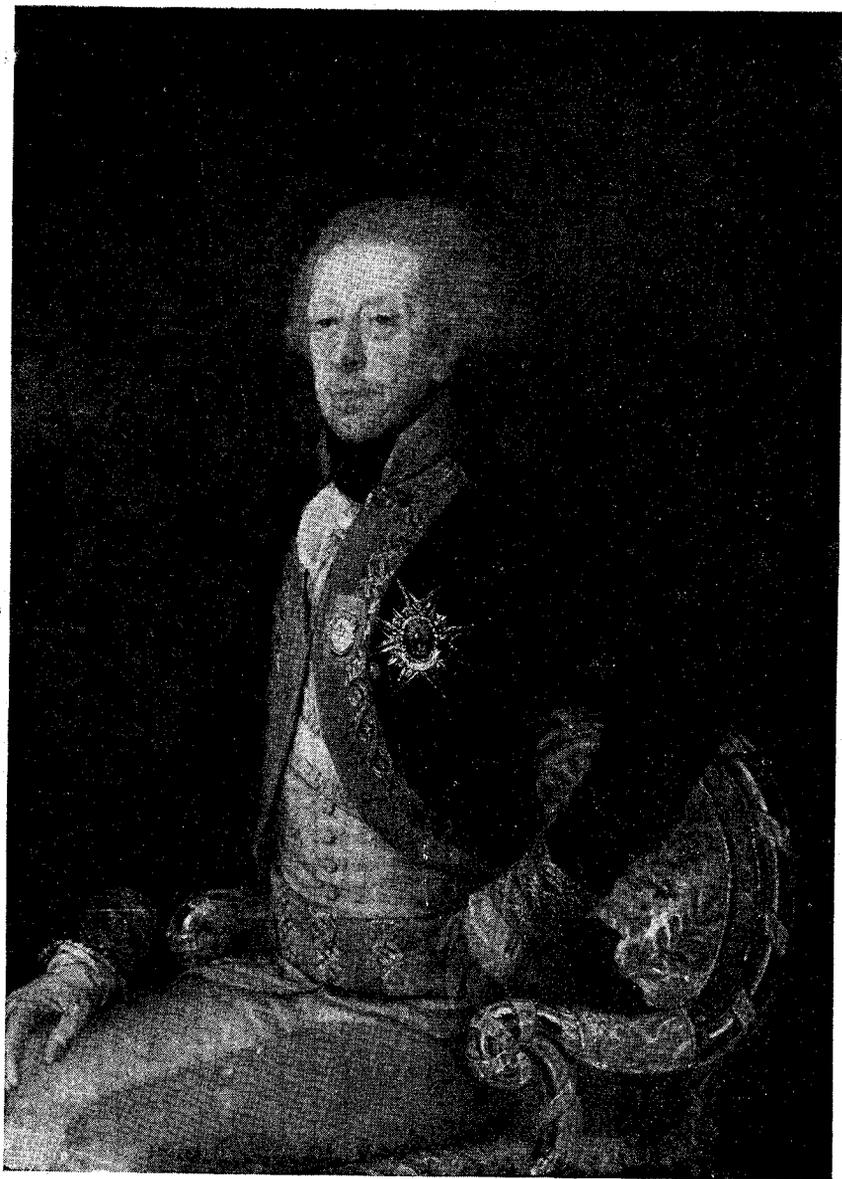
El convencimiento universal de que por sus características militares los ejércitos de la Revolución no debieron resultar victoriosos en sus empresas, ha llevado a todos los tratadistas y a todos los historiadores a tratar de investigar la razón de un hecho tan poco justificado, y en resumen de cuentas todos ellos vienen a confirmar las autorizadas declaraciones de Rocquancourt, que transcribimos literalmente: «Estas victorias de un ejército de algunos días, contra adversarios disciplinados y aguerridos, sólo pueden atribuirse a causas morales y a la sagacidad de los jefes. Habían reconocido los generales que sujetando a una simetría alemana y a combates a pie firme y en línea a soldados que solicitaban correr a las baterías enemigas, paralizarían su valor y entibiarian ese entusiasmo, único que puede suplir a la falta de instrucción; habían conocido perfectamente que lejos de encadenar a los campeones de la libertad, convenía por el contrario favorecer sus arranques, abandonándolos a sus repentinas inspiraciones. A ejemplo de los franceses del siglo xvi, los hijos de la patria se esparcían a la desbandada bajo la protección de las baterías y del corto número de batallones y escuadrones que sabían maniobrar y combatir con arreglo a la ordenanza. Siendo este género de guerra el más a propósito para promover y mantener la emulación, pronto aprendieron a unirse y a agruparse contra la caballería, y a aprovechar los obstáculos del terreno para aproximarse al enemigo y acosarlo con un fuego tanto mejor dirigido, cuanto que el entusiasmo apartaba todo sentimiento de inquietud y de temor. La cadena montuosa del Argona y el país de Sambre y Mosa se prestaban

al desarrollo de esta guerra de escaramuceadores. En esta táctica apropiada al carácter general y principal a las pasiones de la época, se encuentra el secreto de las primeras victorias de la República. Aún cuando los extranjeros los hubiesen adivinado, jamás hubieran podido oponer con ventaja esta táctica a los franceses, porque el estado moral de sus tropas se negaba a esto absolutamente, y porque entre ellos, aquellas mismas pasiones estaban muertas. Estas causas eran las consecuencias de un primer sentimiento que a todos dominaba, el amor a la patria, de este amor que entonces como hoy haría olvidar las privaciones y hasta los sufrimientos más horribles, por la salvación de los hogares y de las instituciones».

#### ESTADO DEL EJÉRCITO ESPAÑOL AL COMENZAR LA GUERRA

De todos modos, cualesquiera que pudieran ser las excelencias del espíritu que animase a los combatientes de que estamos tratando, era lo cierto que el ejército de 1792 estaba formado por «una reunión de cuerpos provinciales, de elementos heterogéneos, y ofrecía una irregularidad de organización y de administración que convenía hacer desaparecer cuanto antes si se querían conjurar las tempestades que por todas partes amenazaban desencadenarse contra la República». Frente a este ejército había de combatir el español. Resulta, por tanto, necesario saber cuáles eran sus características.

Ante todo, es preciso reconocer que, por muy admirable que fuese el espíritu revolucionario con su amor a la Patria y su fe en los principios que informaban su ideal político y social, hallábanse firmemente enraizados en el alma española otros ideales no menos generosos y operantes. «El duque de Alcudía —declara Marcillac— conocía el partido que podía sacar del espíritu nacional y del imperio de la religión, dos móviles que actúan fuertemente sobre el pueblo español... El patriotismo y la religión son dos resortes que actúan más poderosamente que pudiera imaginarse sobre los españoles entusiastas y fieles. Por esta razón, a causa de estos dos motivos, son susceptibles de las empresas más audaces. Y el gobierno que sepa utilizar estos resortes, con un pueblo valeroso y que lleva al extremo su idea de lo maravilloso, conseguirá de él un resultado que será proporcionado a la capacidad de su genio, por muy vasta que ésta sea». No podemos, por tanto, admitir que desde el punto de vista de



El General Ricardos, por Goya (Museo del Prado).



la moral militar, el ejército español fuese inferior al francés en la iniciación de esta guerra de España con la Revolución francesa que estamos considerando. Veamos que ocurría respecto de la organización y la instrucción.

No había podido la administración imprevisora y desordenada del favorito de Carlos IV realizar su labor arruinadora. El ejército mantenía aún viva aquella contextura que había logrado imponerle el buen Rey Carlos III. «Al principio de la guerra —según lo declara Fervel— el ejército español se componía de cuarenta y cuatro regimientos de línea, diez batallones ligeros, y cuarenta y dos regimientos de milicias provinciales. Los regimientos de línea, de los cuales nueve eran extranjeros, flamencos, italianos o suizos, tenían cada uno dos batallones activos y uno en depósito. Los dos batallones activos no fueron jamás llevados simultáneamente al completo. Aquellos que eran enviados a la frontera tenían cinco compañías, cuatro de fusileros de ciento sesenta hombres y una de granaderos de ciento veinte; total setecientos sesenta».

Pasa el historiador militar a dar cuenta de la organización de los citados regimientos provinciales, y asegura que esta organización notable dió los resultados más satisfactorios, indicando que al comienzo de las hostilidades las compañías elegidas fueron llevadas a la frontera, adquiriendo en ella una buena reputación. Fervel da cuenta, asimismo, de la existencia de los miqueletes, de los cuerpos de montañeses de Aragón y de los somatenes de Cataluña como fuerzas que había que considerar anexas al ejército en tiempo de guerra.

Al hablar de la caballería y declarar que contaba con doce regimientos de cinco escuadrones a ciento ochenta caballos, dando un total de mil ochocientos, que considera muy pocos para un país que había proporcionado ochenta mil a Felipe IV, siendo la causa del hecho la multiplicación del ganado mular, asegura que por otra parte los caballos y el equipo eran perfectos. Asimismo afirma este historiador que la reserva del ejército estaba formada por las llamadas tropas de la casa real, compuestas de doce batallones escogidos, la mitad suizos y guardias walonas, y ocho escuadrones de carabineros reales, y después de esto pasa a tratar de la artillería.

«En las potencias militares, cuando se inicia su decadencia —dice— es la superioridad de las armas especiales la última en manifestar tal declinación. La artillería española nos da la prueba de ello. Mantiene hasta el último extremo el honor del ejército. Su personal,

que gozaba de una protección especialísima, era instruido y estaba ejercitado; había conservado la antigua organización francesa, formando un solo regimiento mandado por un jefe con el título de General coronel de toda el Arma. En cuanto al material, éste era abundante. Méjico y el Perú eran los que facilitaban los metales, y la fundición, recientemente introducida en la Península, estaba dirigida por un francés llamado Maritz, que había caracterizado su celo importador por la profusión de sus obras. En esto, como siempre, poco cuidadosos del progreso del arte (3), los españoles habían quedado retrasados, descuidando, sobre todo, el aligerar sus piezas. Así iban como en la guerra de los Treinta Años, arrastrando en campaña un cañón de 24 y morteros de todos los calibres. No obstante, bien pronto hubieron de conocer la artillería volante de los republicanos, adoptándola asimismo. Tan sólo sus obuses habían adquirido ya una superioridad que conservaron hasta los últimos años del imperio. El cuerpo de Ingenieros se componía de un regimiento de zapadores y minadores, y de ciento cincuenta oficiales de Estado Mayor, que se empleaban distintamente en los trabajos de fortificación y arquitectura civil.

Pasa Fervel a tratar del reclutamiento de nuestras tropas, y en este punto, sí es brillante el comportamiento de los franceses, acudiendo voluntarios a los llamamientos del gobierno de París para cubrir las filas del ejército, no es menos patriótica y entusiasta la espontaneidad con que los españoles de todas clases y condición social, se aprestan a tomar las armas al ser llamados por su Rey. Y una vez más ha de ser el testimonio francés el que ha de dar consistencia a nuestra aseveración. El reclutamiento de nuestro ejército se llevaba a cabo por el procedimiento de las quintas, «especie de conscripción que consistía, como su nombre indica, en elegir por la suerte un hombre entre cinco de los llamados». Pero, como lo expone Fervel, para la guerra emprendida no hubo necesidad de recurrir a este reclutamiento, porque los voluntarios «venían a ofrecerse de todas partes en número suficiente; incluso se abusó de esta afluencia», admitiéndose en el ejército elementos irregulares como los bandidos de Sierra Morena, previo el correspondiente indulto por sus criminales fechorías (4).

---

(3) Como buen francés, Fervel no deja de agraciarnos con esta favorable calificación.

(4) Estos contrabandistas que por servir a la Patria dejaron de serlo, merecen

También formaron parte de las tropas del ejército español los franceses emigrados que se habían refugiado en nuestra Patria; con ellos formóse un cuerpo militar bajo la denominación de Legión Real de los Pirineos, cuyo mando se dió al Marqués de San Simón, Grande de España de primera clase, gallardo y romántico prócer, cubierto su cuerpo con las heridas que había recibido en el sitio de Yorktown, en Virginia, y lleno de la reputación militar que había adquirido en la guerra de América. El primer plan fué el de que todos los franceses se incorporaran a la citada Legión, pero queriendo utilizar el General del ejército de Cataluña, los que pasaron por aquella parte, formáronse tres cuerpos con ellos, dos en el ejército de Cataluña, y uno en el de Guipúzcoa. Su conducta llegó a alcanzar el laurel del heroísmo, pudiendo afirmarse que la inmensa mayoría de ellos murieron en el campo de batalla.

#### REFUTACIÓN DE JUICIOS FRANCESES

Afirma el historiador francés que hemos citado, que las armas especiales estaban llenas de oficiales instruidos, y asegura que los servicios accesorios participaban todavía de los *bellos días de la Monarquía*, sobre todo los sanitarios, que ella había mantenido con un lujo verdaderamente real. Y reconociendo asimismo que este ejército español estaba tan completo en sus detalles, y cuyo cuerpo afectaba formas que apenas dejaban nada que desear, declara, en cambio, que le faltaba la *animación* interior, es decir, la ciencia de las maniobras, la unidad (5) y esa fe recíproca en los jefes y en los soldados que duplica la fuerza de los batallones. «El espíritu del ejército era incierto. La fe católica que había estallado el 21 de enero *n'avait point d'aliments au fond des choses* (6). Era una explosión efímera, determinada por los excesos de la Revolución y,

---

el más cumplido elogio por parte de Marcillac. Trescientos de ellos con sus capataces o cabos al frente y a las órdenes de su jefe Ubeda, marcharon a derramar su sangre en Guipúzcoa, pero si ciertamente hubieron de dar muestras de su arrojo en varias ocasiones, en general su conducta, fuera de los combates, dejó mucho que desear.

(5) «L'ensemble»: es decir, la coordinación, la consistencia, la trabazón íntima entre todos sus elementos.

(6) Transcribimos la frase en su propio idioma para conservarla en toda su fuerza; para Fervel la fe católica española carecía de una base sólida.

sobre todo, por las odiosas calumnias que contra ella se alzaban por toda Europa y que España había acogido con la vivacidad y ceguera propias de las imaginaciones *ardientes y sombrías*».

Pero la refutación de todas estas últimas afirmaciones del escritor francés es, principalmente, la que motiva la redacción de este trabajo, que tiende a demostrar con toda evidencia, cómo, por el contrario, el espíritu que animaba a nuestras tropas, su sólida cohesión, su disciplina a toda prueba, su capacidad para el desarrollo de la acción combativa, cualquiera que ella fuese, fueron las únicas fuerzas capaces de contener el empuje de las masas revolucionarias, y sus métodos de combate los apropiados a los nuevos procedimientos puestos en acción por la iniciativa de unos generales más o menos jóvenes e improvisados, y por unas masas combatientes sin ninguna instrucción ni educación militar.

Ciertamente no desconocemos que puede muy bien objetárenos que no correspondió al final de la contienda el laurel de la victoria a nuestro ejército. Fuimos, efectivamente, vencidos, pero lo fuimos cuando todas las demás potencias europeas se habían declarado de esta suerte. Sería vano el tratar de negar cómo en determinados períodos del desarrollo de la guerra de España con la Revolución francesa, nuestras tropas hubieron de ofrecer el triste cuadro de un ejército desmoralizado y casi deshecho. Pero, en todo momento, cuando de repente el mando superior puede mostrarse enérgico y con capacidad de dirección, cesa el desorden, la disciplina vuelve a mostrarse imperiosa y el enemigo tiene que reconocer que su triunfo es incierto y que la probabilidad de una funesta derrota ha de colocarle en el trance más apurado, y por precaución se renuncia a un avance que pudiera estimarse fácilmente realizable.

No es ésta una gratuita afirmación por nuestra parte. Un escritor, tan amante de la Revolución como el ciudadano Beaulac, después de dar cuenta, en sus *Memorias sobre la última guerra entre la Francia y España en los Pirineos occidentales*, del paso del Deva por los franceses, de la marcha de las dos columnas francesas por las provincias de Vizcaya y de Alava, de las ocupaciones de Vitoria y de Bilbao, así como de la llegada de los soldados de la Revolución a Miranda, en la margen izquierda del Ebro, y del combate de Ollarreguy, al tratar de la paz de Basilea, declarando que este tratado, a la vez honroso y útil, había proporcionado a su Patria un fiel aliado e influido ventajosamente en la pacificación de la Vendée

y en el éxito de sus tropas en Italia, no vacila en reconocer sinceramente que, «desde luego nuestra posición en los Pirineos orientales comenzaba a ser muy crítica, y si el brillo de la última campaña arrojaba para nosotros en el occidente un peso favorable en la balanza militar, no es muy aventurado suponer que en pocos instantes podía desaparecer esta ventaja. Es cierto que marchas audaces habían desconcertado al enemigo; pero una vez rehecho, éste podía aprovechar las probabilidades de éxito que le ofrecían la continuación de movimientos peligrosos por su propio atrevimiento y cortar la retirada a un ejército que apenas le igualaba en número, y cuyos diversos cuerpos, separados por grandes distancias, no podían prestarse un mutuo apoyo».

Y no se limita a esto el ciudadano Beaulac, que a continuación formula las siguientes preguntas: «¿Con un ejército de veinticinco mil hombres, sin caballos, sin subsistencias, podríamos haber pensado seriamente en hacernos dueños de Pamplona? Ciertamente es probable que el valor de nuestras tropas y la habilidad de nuestros generales hubieran logrado consolidar por esta brillante empresa nuestra posición en España. Mas, ¿cómo no estimar de pródigos estos esfuerzos, y cómo no admitir que la más ciega confianza es imposible que no pueda verse libre de algunos presentimientos desfavorables al éxito de la empresa, cuando se hacen patentes los obstáculos que a ella pudieran oponerse? Aún suponiendo que hubiéramos podido por nosotros mismos procurarnos las subsistencias y los transportes de que tanto estábamos desprovistos en las poco fértiles comarcas que rodean a Pamplona, y en Vizcaya o Alava, que nos era preciso evacuar, ¿no era presumible que cualquiera que pudiera ser la inercia atribuída a los españoles, contando éstos con un ejército poco inferior al nuestro y que podía engrosar a cada momento, no hubiesen tratado de impedir desde Bayona la arribada de los convoyes de artillería y de municiones que nos eran precisos en sitio tan importante? ¿O bien, que la protección que había que prestar a estos convoyes no hubieran impuesto por nuestra parte dislocaciones frecuentes capaces de hacerlo perder todo? Añadamos a esto que el espíritu de relajamiento y de pusilanimidad que a continuación del 9 thermidor se había manifestado en todas las esferas del gobierno, no nos prometía en mucho tiempo otros recursos militares que aquellos que habíamos podido conservar por cuenta propia».

Y por si todo lo anterior no fuera suficiente a confirmar la exac-

titud de nuestros juicios, el ciudadano francés declara terminantemente, refiriéndose a los avances realizados por las tropas de Moncey a través de las comarcas del territorio vasco: «Los éxitos de la última campaña no hubieran, pues, sido probablemente otra cosa que una incursión brillante y sin fruto y bien pronto retornados a nuestras primeras posiciones hubiéramos visto a los conquistadores de Italia y a los pacificadores de la Vendée consumir su valor en la defensa de los puestos ignorados de Iciar o de Donamaría» (7).

No somos, por lo tanto, nosotros, sino los propios historiadores franceses, tanto coetáneos como el ciudadano Beaulac y el monárquico francés Luis de Marcillac, o no muy distantes de aquellos días como Fervel, que publicó su trabajo el año 1861, los que atestiguan que la victoriosa situación de los ejércitos franceses no era en España exactamente la misma que en las fronteras de la Europa central. La táctica francesa no puede desenvolverse ante las líneas españolas con aquella libertad de movimiento, con aquella intensidad como puede realizarlo ante las de los imperios centrales. Y, sin la rigidez de los métodos prusianos, que no obstante informaban los principios referentes a la instrucción, dirección y empleo de las tropas en el campo de batalla, pero con unos métodos de guerra en los que el orden, la disciplina y el valor tenían su adecuado empleo, los ejércitos españoles supieron unas veces batir a los franceses y otras contenerlos en el campo de batalla; y las de Masdeu, de Trullas y del Fluvíá, son prueba evidente de cuanto venimos exponiendo.

#### LA BATALLA DE MASDEU

##### *Efectivos que se enfrentan.*

Nos referimos a la primera como muestra de que el ejército español conservaba su propio espíritu combatiente ante el nuevo y vigoroso empuje del de la Revolución. El plan de guerra adoptado por la Corte de España encomendaba al ejército de Cataluña, que había de operar en la zona de los Pirineos orientales, un papel eminentemente ofensivo, cual era el de la invasión del territorio rosellonés, tan ligado a Cataluña por toda clase de lazos espirituales, étnicos y políticos. Para la realización de esta empresa, el ejército

(7) Puestos situados en los montes de Guipúzcoa y Navarra, respectivamente.

español, al mando del General Ricardos, no contaba en un principio más que con un contingente que Fervel fija, el 5 de agosto de 1793, en 30.000 infantes, 6.000 jinetes y 150 cañones de 2 a 24, y 21 obuses; pero que probablemente no pasaba de los 20.000 infantes.

Este ejército español, ciertamente pequeño para la empresa que se le encomendaba, había de luchar —según la información francesa— con otro de 8.000 hombres, de los cuales 6.000 guarnecían las doce plazas o fuertes de la frontera, no quedando para guardarla desde Montluis al Mediterráneo más que unos 1.800 infantes, 200 genarmes mal montados por toda caballería, 40 artilleros, tres oficiales de artillería e ingenieros y, por fin, cuatro carros y 60 mulas para el tren de equipajes. Pero a tal declaración, el General Gómez de Arteche opone las siguientes consideraciones: «Compagine el lector esta rotunda aseveración con los discursos pronunciados en la Convención francesa y el informe, sobre todo, de Barrère, en que, al declararse la guerra el 7 de marzo, se ordenaba al Consejo ejecutivo el envío de un grande ejército con que pudiera verificarse la invasión de España; diciendo que ya se organizaba bajo un pie formidable. Y si es cierto que ese ejército no sumaría los 100.000 hombres con que lo dotaba la Convención en la extensa línea del Mediterráneo al Océano, el mismo señor Fervel no puede desmentir el que, para una operación tan insignificante como la de ocupar el valle de Arán, de donde no sabemos adonde podrían dirigirse, se destinaron más de 4.000 hombres, fuerza que representa cifras muy considerables para la ocupación de los extremos de la frontera, únicos, en todo caso, amenazados por nuestras tropas».

Tanto esta invasión del valle de Arán, como la de haber sido la frontera violada por varios de sus puntos más vulnerables, como la amenaza al valle de Baztán por los franceses el día 6 de abril, vienen a demostrar que no era tan corto el número de las fuerzas francesas que guarnecían la línea pirenaica.

#### *Plan de operaciones de Ricardos.*

No contando Ricardos al recibir la orden de empezar las hostilidades contra Francia más que con 3.500 hombres, por estar todos los demás distribuidos entre las diversas guarniciones del norte de Cataluña, creyó deber reunir todas sus fuerzas mientras le llegaban

auxilios, y una vez conseguido esto, forzar la frontera en un solo punto y ocupar de revés las zonas importantes de la misma o en crítica situación de ser tomadas tan pronto se iniciase su conquista. Al efecto, tratando de asegurar y tener cubiertos sus flancos, hizo ocupar los desfiladeros al Oriente de Bellegarde por los Somatenes de Cataluña, mientras otras fuerzas del mismo cuerpo, unidas a algunos destacamentos de tropas de línea, cubrirían la izquierda, teniendo a raya a las tropas que estaban en la Cerdaña francesa.

Queriendo asegurar la conquista del fuerte francés de Bellegarde, para tener así abierto el paso por el coll de Pertús, estableció su cuartel general en La Junquera, y solicitado por una comisión de vecinos del pueblo francés de San Lorenzo de Cerdá, en el alto valle del Tech, para que dispusiera la inmediata ocupación del mismo, a fin de librarles del odio y de la crueldad de los revolucionarios; el 17 de abril del año en cuestión, el general Escofet, a las diez de la mañana, después de atravesar con sus tropas las cumbres del Pirineo, penetró en las calles del pueblo, con el consiguiente pánico de los que pudieran oponerse al avance español. El efecto de sorpresa así causado, dió lugar a que en breves jornadas fuesen ocupadas, igualmente, Arlés y Ceret, este último el día 20 de abril. El ejército español era dueño de casi toda la línea defensiva francesa del Tech, cuando llegaron a su campo los refuerzos que él esperaba, en tanto que por el camino del coll de Portell se verificaban trabajos para ponerle en condiciones de poder transportar la artillería de sitio que había de batir la fortaleza de Bellegarde, que había de serlo de frente por una batería de morteros colocada delante de La Junquera.

Mas antes de descender a los llanos del Rosellón e intentar la conquista de Perpiñán, cuidó muy bien el General Ricardos de asegurar su flanco izquierdo y las fuerzas dedicadas a esta empresa, al mando del General Lancaster, hubieron de forzar el coll de Rigard y apoderarse de parte de la Cerdaña francesa, ante Puigcerdá. El mal tiempo que sobrevino en los primeros días del mes de mayo, forzó al ilustre General español a tener que contenerse en su decidido propósito de iniciar la ofensiva y llevar a cabo su plan de desarticular toda la primera línea defensiva francesa, atacando los diferentes apoyos o puestos principales de vanguardia que los revolucionarios tenían establecidos ante los muros de la capital del Rosellón.



Soldados de Infantería ligera en el reinado de Carlos IV. El Grupo de la izquierda corresponde al Regimiento de 1789 (voluntarios de Aragón, Cataluña y Tarragona y cazadores de la Corona); los otros son propios de reglamentaciones posteriores.

(Del libro de Luis Herreros de Tejada. *El Teniente General don José Manuel de Goyeneche, primer conde de Guaquí*, Madrid, 1923, en el que se reproduce esta lámina, inserta en la obra *El Ejército y la Armada*, por Manuel Giménez González, manuscrito de 1862, inédito, existente en la Biblioteca de la Real Academia de la Historia.)

No desaprovecharon los franceses esta obligada inacción de nuestro ejército para reforzar la posición de Thuir, que guardaba las avenidas de la misma y facilitaba las medidas de socorro para asegurar la defensa de los fuertes de la Guardia y de los Baños, y la posesión de los dos pueblos de Elne y Argelés, desde los cuales se mantenía la apropiada comunicación con las plazas de Colioure (Colibre), Port-Vendres y Bellegarde. A mediados de mes el tiempo pareció mejorar, y, en vista de ello, el día 11 pensó el General en sorprender a un mismo tiempo a cuatro lugares inmediatos a Perpiñán, que eran aquellos en los que se apoyaba el campo francés de Masdeu, establecido por los franceses para asegurar la defensa de Thuir y la de Perpiñán, y el paso por la vía internacional de España al interior de Francia. A causa de una lluvia torrencial, el intento hubo de fracasar, más, como quisiera que el tiempo apremiara, a pesar del contratiempo sufrido, el 19 de mayo resolvió el General repetir la expedición, y cuarenta y ocho horas después de haberse establecido los franceses en el campamento referido, situado en la llamada península del Rear, entre el río de este nombre y su afluente el Cantarrana, se dispuso a levantar el campamento de Ceret y trasladarlo al lugar del Boulou (Bulú), distante dos horas en dirección a Perpiñán, para estar más próximo al castillo de Bellegarde y en mejor disposición para bloquearle, auxiliar al cuerpo de tropas que había ocupado en el coll de Portell y poner a cubierto los lugares ya rendidos de las dejaciones que cada día les hacían los «patriotas» (8).

Estas disposiciones obedecían por otra parte a los informes que acerca de la situación en el campo contrario poseía el General Ricardos, pues por ellos se había venido en conocimiento de cómo los enemigos iban aumentando en estos últimos días la tropa del lugar de Thuir, hasta el número de 2.500 hombres de infantería, con caballería y artillería de campaña, y reforzado en igual proporción los demás puestos; noticias tales no podían por menos de determinarle a presentarse a vista de Perpiñán con parte de su ejército, a fin de cortar la retirada a los que saliesen de los lugares invadidos y oponerse a los socorros que de dicha plaza podían presentarles. Un cuerpo de 12.000 hombres de infantería, 3.000 caballos, cuatro obu-

---

(8) Así llamaban los revolucionarios a todos cuantos militaban bajo sus banderas.

ses y veintiocho cañones de a 12 y 4, había de llevar a cabo la empresa.

#### *Plan de operaciones francés.*

Al avance de este ejército español los franceses contaban con otro, que Marcillac eleva a 16.000 hombres, pero que según la información de Fervel (9) no podía disponer más que de 5.000 hombres de infantería, 300 gendarmes a caballo y 15 cañones, pequeño cuerpo que, según él, fué llamado de vanguardia, aunque en realidad constituía la casi totalidad de las fuerzas. Mandaba éstas el general Dagobert, que había sido destinado recientemente al ejército de los Pirineos orientales, siendo el general jefe del mismo el infortunado De Flers, digna personalidad víctima de la guillotina. Las dotes militares de valor y consiguiente prestigio de aquél, habían determinado a este último a confiarle tal misión.

Para lograrse ésta y oponerse al avance del ejército español, era necesario establecer la línea defensiva a lo largo del borde meridional de la citada península de Rear, a la que servía como de foso el lecho del río de este nombre. Al efecto, Dagobert estableció sus posiciones entre Mas-Deu y Mas Comte, siendo el primero un antiguo convento de Templarios asentado en una meseta, no lejos de la carretera internacional de Figueras a Perpiñán, y el segundo otro puesto situado sobre una eminencia del terreno, 1.500 metros al Oeste de aquél. Mas, para asegurar los flancos de esta línea de defensa, el general francés hizo ocupar además en su extremo izquierdo las colinas que bordean por el Este la vía de referencia y que son conocidas vulgarmente con el nombre de alturas del Rear, fijando su eje de resistencia en el castillo de este nombre, que se hallaba en ruinas.

#### *Avance del ejército español.*

Había llegado el 20 de mayo de 1793. Al despuntar el día, el ejército español emprendió su marcha desde Boulou hacia el Norte, formado en cuatro columnas. La vanguardia, a las órdenes del mariscal de campo duque de Montellano y D. José Crespo, la compo-

---

(9) Seguramente no muy autorizada.

nian los regimientos de tropas ligeras de Cataluña y Tarragona, el de Dragones de Pavía con cuatro cañones de a 12 y cuatro obuses, a mas de los batallones de Soria, Granada, Mallorca y Valencia, con sus dos compañías de granaderos. Era, por tanto, ésta una columna propiamente de infantería, pues el número de combatientes de esta arma era muy superior a los de caballería, compuesta tan sólo por el citado Regimiento de Dragones de Pavía. La columna de la derecha, al mando del teniente general duque de Osuna y demás oficiales generales de la Casa Real, estaba formada por la brigada de Carabineros Reales, con los cuatro batallones de Guardias españolas y del Regimiento de caballería del Infante, más seis cañones de a 4. La de la izquierda, a cargo del teniente general D. Juan Curten y mariscal de campo D. José Eslava, quedaba integrada por tres batallones de Guardias Walonas, uno del Regimiento de Burgos, y una división de caballería constituida por los cuatro Regimientos de Dragones de Lusitania, de Villaviciosa y los de Príncipe y Calatrava. La columna, en la que predominaba de modo tan acentuado la masa de jinetes, contaba además con seis cañones de a 4. Una cuarta columna, al mando del teniente general D. Garcerán de Villaiba y del mariscal de campo D. Rafael Adorno, quedaría compuesta por treinta compañías de granaderos y cazadores provinciales y un batallón del Regimiento de Ibernia con cuatro cañones de a 8 y dos de a 4. Esta columna había de marchar por el centro del dispositivo de avance y a retaguardia del mismo, juntándose con la de vanguardia, que debía detenerse ante la posición enemiga, observando una actitud en cierto modo pasiva al constituir el centro de nuestra línea de ataque. Parte de ella, en el último extremo, podría actuar como fuerza de reserva.

Reconocido el terreno por nuestro General, mandó que la columna del duque de Osuna entrase por la derecha y formase una línea de batalla con la artillería y brigada de carabineros, situándose frente al lugar de Comte; la columna de la izquierda amenazara el flanco derecho del enemigo, la vanguardia quedara como cuerpo de reserva, y la artillería se aproximara y rompiera el fuego en posición conveniente.

Al primer aviso de nuestro avance, el general Dagobert formó su tropa en tres columnas, de las cuales era la más fuerte la que guarnecía la derecha del frente de batalla. La reducida fuerza de caballería fué distribuída del modo más conveniente al caso. La ar-

tillería, constituida por un material excelente y servida por muy diestros artilleros, hallábase asentada al borde de la meseta, dominando todas las avenidas que pudieran conducir a ella. Según Marcillac, que declara también cómo los franceses se dispusieron en tres columnas, éstas maniobraron cual si trataran de atacar y envolver el flanco izquierdo de los españoles. Realmente el terreno favorecía grandemente el propósito de los franceses, pues si el centro de su línea de defensa estaba defendido por las entalladuras del lecho del Rear, la izquierda estaba cubierta por un bosque considerable, dominado por el convento de Mas-Deu, y la derecha ofrecía una formidable resistencia, por cuanto que los profundos barrancos, que se extendían hasta cerca de Mas Comte, quedaban perfectamente batidos por la artillería francesa. Por otra parte, las tropas que componían el ejército de la Revolución estaban formadas, en su mayoría, de voluntarios, además de los regimientos de línea Medoc, Champagne y Vermandois y poco de caballería. Tanto en Thuir como en Eine, hallábanse establecidos fuertes destacamentos para asegurar las comunicaciones de Villafranca y Mont Libre y las de Collioure a Perpiñán, respectivamente. Ateniéndonos a las declaraciones francesas, era en esta posición, puramente defensiva, en la que los suyos esperaban nuevos refuerzos de tropas y socorros de todas clases, cuando nuestros valientes soldados se presentaron en forma apropiada para poder atacar el 19 de mayo por la mañana.

#### *Desarrollo de la maniobra de ataque español.*

Creemos oportuno advertir también, cómo entre Mas Deu y el Castillo de Rear se extendía el bosque de Caseneuve, y no debe olvidarse tampoco que al Este de la vía de comunicación internacional se alzaban las pequeñas elevaciones denominadas alturas del Rear, debiendo tenerse en cuenta que, frente a la posición francesa, y a no mucha distancia de ella, se encontraban los lugares de Villemolaque y Tréserrés. Como lo hacen observar los informes franceses, la anterior línea de defensa suya venía a formar, con la de nuestro frente de ataque, a modo de un ángulo obtuso, cuyo vértice correspondía a la posición de Mas Comte, es decir, hacia la derecha del frente francés, y su abertura venía a quedar establecida, como es lógico, hacia su costado izquierdo. Todas estas circunstancias habían de

forzar a Ricardos a la disposición de un plan de batalla, tal cual hubo, en efecto, de poner en ejecución, y nosotros hemos ya indicado. Resultando, con arreglo a cuanto se acaba de decir, más próxima y fácilmente expuesta a ser desbordada la derecha enemiga y siendo, por el contrario, mayor el trayecto que habían de recorrer nuestras tropas, caso de intentar el envolvimiento del ala izquierda francesa, el ataque sobre el primer punto debía de revestir el carácter de una intensa acción ofensiva para favorecer, con el envolvimiento de este flanco izquierdo, el avance de nuestra derecha sobre la izquierda enemiga, cortando la retirada del ejército francés al intentar acogerse a la defensa de las murallas de Perpiñán.

Viene a completar la información que acabamos de dar sobre el dispositivo francés de defensa, la declaración de Fervel en su notable trabajo histórico que conocemos, pues, según ella, Dagobert, probablemente, hubo de apoyar su izquierda al borde del talud pendiente y algo cubierto de bosque que relaciona la península del Rear con la carretera de España a Perpiñán; pero su derecha quedaba en el aire. Inquieto por la suerte de este ala, que amenazaba la marcha oblicua de Curten y renunciando, lo que constituía una falta, a disputar el paso del torrente, apresuróse a trasladar su derecha a retaguardia de Mas Comte, adosándola a un pequeño valle que corta transversalmente la Península citada a la altura de Truillas.

Eran las cinco de la mañana cuando ya se hallaban todas las tropas españolas apostadas en los sitios previamente designados, y al momento rompieron nuestras baterías un fuego intenso, que fué correspondido por las del enemigo con «mucho orden y energía»; al instante se vió tomar a aquél diferentes posiciones. En el castillo de Mas-Deu había formada gran parte de la caballería. En el lugar de Villemolaque se veían también tropas formadas. Delante del campamento central podían distinguirse varios batallones en orden de batalla y entre sus dos últimas baterías de la izquierda un grupo grande de tropas. Asegura Fervel que los nuestros habían podido asentar catorce piezas frente al barranco que se extendía a lo largo de los pies de la meseta, donde estaban establecidos los franceses. Esta artillería obligó a Dagobert a concentrar por esta parte la casi totalidad de la suya, y, como lo confirma la declaración de nuestra información oficial, la calidad y acierto de su tiro logró conseguir bien pronto la ventaja, imponiendo varias veces silencio al cañón español.

Tres horas llevaba de duración este combate de artillería y en vano la nuestra trataba de contrarrestar la manifiesta superioridad del tiro de la contraria. El esfuerzo español parecía amenazado de un total fracaso, al considerar de qué manera, hasta aquel momento, era el francés el que llevaba la mejor parte. Reconociéndolo así el general Ricardos, viendo que las baterías de los enemigos molestaban a algunos cuerpos de nuestro ejército y que aquellos no abandonarían nunca la posición tan ventajosa que tenían, cifrando su defensa tanto en ella como en sus cañones, determinó atacarlos en su propio campo y mandó que el teniente general duque de Osuna, con los cuatro batallones de Guardias españolas, formados en columna con la Brigada de Carabineros Reales, atacara por la derecha y desalojase del lugar de Villemolaque, haciéndolo en forma tal que, dando un pequeño rodeo, fué a tomar el flanco derecho de dicho lugar; lo que puso en ejecución inmediatamente, uniéndosele los voluntarios del regimiento de Cataluña, el batallón de Valencia, y poco después los regimientos de Calatrava y el Príncipe. Al mismo tiempo mandó que, para sostener este ataque, se formasen dos columnas; la una compuesta por el batallón de Ibernia y los regimientos de Mallorca y Burgos, y la otra de los Granaderos Provinciales, y que ambas, por distintas direcciones, se dirigiesen al referido lugar de Villemolaque.

La previsión de nuestro general en jefe no se limitó a dirigir personalmente la organización de las columnas citadas, sino que, con el fin de divertir el fuego de las baterías enemigas y auxiliar este ataque, dispuso inmediatamente otro contra la derecha francesa, con la caballería, para cortarles la retirada. Mandó que los regimientos del Infante, Villaviciosa y Lusitania, formando una línea de batalla, le siguiesen, y poniéndose el general delante de ellos los lanzó valientemente contra el frente de las dos últimas baterías de su izquierda, las cuales, al darse cuenta de ello, avivaron de tal modo el fuego, que se cruzaban las granadas de una y otra parte, ocasionando algunas bajas de importancia, como la de un soldado del Infante que estaba a pocos pasos detrás del general. Continuó, sin embargo, el avance hasta ponerse a medio tiro de cañón, y encontrándose con un terreno quebrado en el que la caballería no podía maniobrar, vióse obligado a hacer alto y a suspender, por entonces, el ataque, buscando otro camino por donde poderle ejecutar.

Sin duda alguna esta acción de la caballería española, dirigida

valerosamente por Ricardos, era temeraria desde el momento que no estaba bien preparada por el fuego de nuestra artillería, que seguía sin poder apagar o por lo menos debilitar el de la francesa, siempre vivo y certero. Y así fué que tan pronto como nuestra caballería descendió al barranco, quedó expuesta a ser acribillada por la metralla, no teniendo otro recurso que el de retirarse. Mas este propósito fallido, que podía haber determinado la derrota de nuestro ejército, por esos azares de la guerra, fué causa, por el contrario, de su más cumplido éxito.

Y hubo de suceder así por cuanto bien fuése que Dagobert creyera, en vista de la acción desarrollada por la columna española de la izquierda, que era de este lado por donde había de venir el empuje mayor de nuestras tropas, o acaso que, como trata de darlo a entender Fervel, «demasiado afanoso por aprovecharse de la superioridad de ventaja que le proporcionaba el fracaso del ataque español, y no dispusiera de fuerzas de reserva, es lo cierto que se apresuró a reforzar el ala derecha, sacando fuerzas de las que figuraban en la izquierda, quedando ésta, por lo tanto, debilitada».

### *Derrota francesa.*

No tardó mucho en advertirlo el teniente general duque de Osuna, que mandaba, como sabemos, la columna de la derecha, y con certero punto de vista militar, dispuso el avance de sus tropas sobre Ville-molaque, lo que desde el primer momento dió lugar a que su guarnición abandonase sus puestos y se retirase al campo de Mas Deu, causando en él la consiguiente depresión de ánimo. El duque de Osuna prosiguió su victorioso avance a pesar del fuego de la batería asentada junto al castillo. Los fusileros de Cataluña, que iban a la vanguardia de esta columna, subieron por la colina a tomar el flanco de la batería. El desenlace no se hizo esperar. Ante el fuego de nuestras avanzadas, los franceses abandonaron su formación, precipitándose en franca huida, pudiendo ver los españoles cómo se dejaban abandonados sus cañones, haciendo prisionero al oficial que con ellos quedaba, y encontrándose, al ocupar las posiciones enemigas, a varios sirvientes muertos por los disparos de nuestra fusilería.

La derrota del ejército francés estaba ya iniciada, pero no era el viejo general Dagobert hombre dispuesto a ceder o entregarse al

primer golpe. Y aunque viera cómo su ala izquierda estaba perdida, dispúsose a mantener firme el ala derecha hasta el último extremo, teniendo que fracasar en este intento frente a la falta de municiones, que obligó a suspender el fuego de infantes y artilleros. Ante el hecho, la orden general de avance de las tropas españolas no se hizo esperar, y bien pronto, escalando éstas las pendientes opuestas del barranco, coronaron el plano superior de la meseta. Los franceses se lanzaron a una franca y desordenada retirada, y al verlo nuestra caballería cargó sobre ellos. En vano Dagobert se colocó a la cabeza de trescientos gendarmes, ordenando a los trompetas dar el toque de carga con ánimo de caer sobre aquella. Lejos de ser obedecido fué cobardemente abandonado por estos jinetes, que al ver el caballo de su general herido y a sus ayudantes prisioneros, volvieron bridas sin haber siquiera cruzado sus fuegos con los del enemigo, huyendo cobardemente a los gritos de «sálvese quien pueda», y no sin arrollar a su infantería, parte de la cual fué arrastrada en su desordenada carrera. Perdidas ambas alas, el centro francés hubo de abandonar su posición, mas no sin que su general francés soportase valientemente este último golpe. Cargado por nuestra caballería, con lo que le quedaba de su tropa, en la huída de toda ella, formó el cuadro y se retiró lentamente de la Península, acogiéndose a Mas Forcade. Nuestro comunicado oficial informó que este cuadro venía a estar compuesto de unos 2.000 hombres, quienes hicieron fuego a los que subían a atacarlos. La huída de los franceses fué tan apresurada que, para mayor facilidad en su ejecución, iban arrojando por el camino varias prendas de ropa que les estorbaban para correr.

Nos queda por indicar lo sucedido a aquellas tropas de la izquierda que se hallaban formadas en batalla detrás de los catorce cañones asentados al borde de la meseta. Al darse cuenta de la entrada de los españoles en Mas-Deu y sentir el empuje de los nuestros sobre su propio frente, abandonaron su puesto e iniciaron la retirada, siendo perseguidos por los regimientos de Dragones de Pavía y de Villaviciosa, cuya marcha protegió una batería de obuses que, con la mayor prontitud, se adelantó sobre una columna e hizo un fuego vivísimo, que desordenó a los enemigos, causándoles algunas pérdidas. Estos se refugiaron al abrigo de un cañón del castillo que a su espalda tenían y cuyo fuego impidió que los Dragones lograran cortarles la retirada.



Soldados de Caballería de línea y Dragones en el reinado de Carlos IV. El de la casaca roja corresponde al Regimiento de Farnesio, según la reglamentación de 1793. (Del mismo libro y manuscrito que se menciona en la página anterior).

### *Repliegue español.*

Como era de rigor, después de tan señalada victoria, las tropas españolas se apoderaron de los campamentos franceses, cayendo en nuestras manos la correspondencia que el general Dagobert mantenía con el ministro de la Guerra, dándole cuenta de que se había encargado del mando el 10 de mayo y de las ideas que abrigaba para atacarnos por las montañas de Olot, cayendo sobre las fábricas de municiones de La Muga y al mismo tiempo sobre nuestro campo de Ceret. También informaba que nuestro ejército constaba sólo de 15.000 hombres, de los cuales tan sólo cuatro batallones eran de línea; y que la caballería estaba formada de muchos caballos de labradores, por cuya mala calidad jamás podría oponerse a la suya. «Y así será su primer cuidado no presentarse en terreno donde nosotros podamos hacer uso de ella».

No estimó oportuno el general Ricardos mantenerse en el campo de Mas-Deu, tan brillantemente conquistado, y habiendo entrado en él a las once de la mañana, siendo recibido por la tropa con las repetidas voces de ¡Viva el rey! y ¡Viva el general!, después de haber descansado un gran rato, dispuso se pudiesen todos en marcha, saliendo nuestro ejército a la una de la tarde para el lugar del Boulou, donde estaban ya montadas las tiendas y los ranchos diarios. La *Gaceta de Madrid* del 28 de mayo, informaba que la lucha había durado cinco horas, y que en este corto tiempo supo el valor de nuestras tropas arrollar un ejército de 12.000 hombres, cuya fuerza aumentaba considerablemente con la posición del terreno y la buena colocación de las baterías, que servían los franceses con extraordinaria actividad y buena dirección.

### *Consideraciones.*

No podía por menos de ser objeto de juicios más o menos exactos la batalla de Mas-Deu, por parte de los historiadores tanto españoles como franceses, y en la obra publicada por este Servicio Histórico Militar (10), trátase con todo detalle de tan interesante

---

(10) *Campañas en los Pirineos a finales del siglo XVIII (1793-1795)*. Tomo II. Campaña del Rosellón, págs. 237 a 242.

materia de estudio. Los planes ofensivo y defensivo de los jefes español y francés no cabe negar que fueron acertados, y tan sólo las vicisitudes de la lucha y los errores del mando pudieron hacerlos fracasar. Dagobert, sin duda alguna, cometió un fatal desacierto al debilitar su ala izquierda, creyendo había de ser atacado por la derecha. Ricardos aventuró su caballería, y al tener que desistir de su empresa para no ser acribillada, dejó expuesta a la tropa a un fatal desenlace. Hizo en ello honor a su valor, más no a su reconocida prudencia y previsión. En cambio, la conducta del duque de Osuna, al aprovecharse del anterior error cometido por Dagobert, es digna del mayor aplauso; de él dice Marcillac: «Le Duc d'Osuna s'en aperçut, et en général habile, il se jeta sur eux avec intrépidité, les fit plier, et pénétra dans leur camp».

Algunos historiadores, especialmente franceses, conceptúan como un desacierto del Alto Mando español no haberse aprovechado de la derrota francesa de Mas-Deu para apoderarse de Perpiñán. Y así lo declara Jomini. Pero Marcillac justifica tal resolución exponiendo que los soldados españoles estaban agotados de fatiga, llevaban seis horas con las armas en la mano, habían realizado cinco leguas de marcha antes del ataque y les faltaban todavía dos y media para ganar el campo de Boulou, establecido antes de la batalla y en el que habían de ser racionados a su regreso. Para Gómez de Arteche el ejército español no podía proseguir la victoria alcanzada, obligado por la escasez de recursos y más aún por la de sus transportes, a volver al campo de Boulou, de donde había partido. Las fatigas del día, todo él empleado en batirse; la falta de raciones y la seguridad de no poderlas obtener inmediatamente en país que ocupaba el enemigo, protegido por la intermediación de la plaza de Perpiñán y por los socorros que le llevaba el general De Flers, puesto a retaguardia del ejército vencido, obligaban imperiosamente a retroceder al Boulou, a cuyo campamento volvieron los españoles aquella misma noche, no habiendo dejado abandonadas las piezas de artillería francesa que había en Mas-Deu, según declara Marcillac, sino arrastrándolas a brazo hasta nuestro campamento.

Sin duda alguna, se impone el reconocerlo así. «El general Ricardos había conseguido el objeto principal que le llevó al campo enemigo de Mas-Deu. ¿Debería continuar su marcha invasora hasta los muros de Perpiñán? Aún suponiendo que no hallara obstáculo alguno hasta avistarlos y formalizar su sitio, para lo cual no llevaba medios sufi-

cientes ni los tenía en su posición del Boulou, ¿iría a realizar pensamiento tan grato, por otra parte, para su orgullo militar y sus ínfulas de vencedor, dejando a la espalda intactas y sólo en parte bloqueadas las fortalezas francesas, que cubrían la frontera? Digan lo que quieran los detractores, no hay que olvidar el principio axiomático de no avanzar nunca un ejército sin la absoluta seguridad de su comunicación con la base de operaciones, y es preciso calcular cuál hubiera sido la suerte de las tropas españolas, si rechazadas en los fosos de Perpiñán, como era probable, visto el número de sus defensores, que por lo menos serían los combatientes de Mas-Deu, el entusiasmo, siquiera revolucionario de sus habitantes, y la fortaleza de sus murallas, tuvieran que retirarse por un país todo él enemigo y cruzar una línea erizada de fortificaciones, intactas, como hemos dicho, hasta entonces. La iniciativa enérgica de Ricardos, si había de mostrarse eficaz, tenía que traducirse en prudencia consumada para dar resultados positivos, verdaderamente prácticos en una campaña que por sus motivos tenía tanto de política como de militar».

En la *Gaceta de Madrid*, del viernes 31 de mayo de 1793, en la relación circunstanciada de la batalla ocurrida en Mas-Deu, el día 19 del mismo y de la que se había dado noticia en la *Gaceta* del 28, el general Ricardos informaba, después de dar cuenta de la retirada del ala izquierda del ejército francés, de la «fuga de toda la derecha enemiga arrastrando lo demás de su línea», que los enemigos «abandonaron parte de su artillería y municiones y los campamentos con varios repuestos, pero no fué posible seguir el alcance con viveza, así por lo quebrado del terreno y un bosque que les favoreció, como por lo rendido de la tropa, que hacía dieciséis horas estaba sobre las armas, habiendo hecho cinco leguas y teniendo que deshacer dos y media para retroceder al campo del Boulou, que dexé marcado antes de la batalla, donde dispuse que les tuviesen hechos los ranchos. La entera carencia de mulas de tiro y carga no permitió quedarme en el campo de batalla ganado, más tiempo que el preciso para algún descanso y solicitar inútilmente tiros para el transporte de la artillería, municiones y víveres enemigos, porque ni hubiera tenido quien acarrease la subsistencia a fuerza de ofertas y del entusiasmo gozoso de la tropa, que manifestó con alegres vivas al rey y vítores a su general...»

«Aunque las carencias y motivos expresados me impidieron sacar todo el partido que presentaba la victoria para acabarla con una

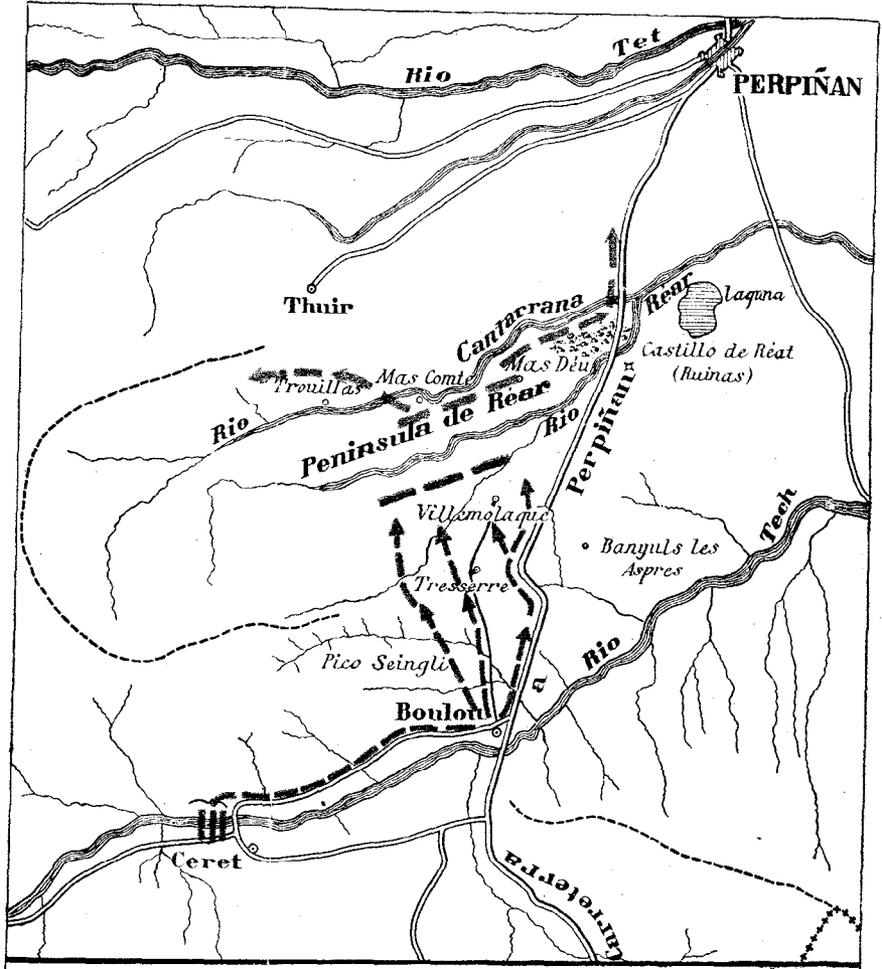
derrota general, ha sido un golpe decisivo para aterrar a los enemigos, viendo batidas las tropas de refuerzo de que tenían la mayor opinión, y desbaratar el proyecto atrevido del general Dagobert, que mandaba a los enemigos y me consta por las minutas de sus cartas al Ministro hasta la víspera de la fecha de la batalla, cuyo libro ha venido a mi poder, así como el de órdenes hasta el día 17, y finalmente me da facultades para sostener y cubrir el ataque de Bellegarde que empezará mañana, y el Coullioure que subseguirá a la rendición de Bellegarde: y ha aumentado la confianza de las tropas, mayormente a vista que nuestras pérdidas en tan reñido combate se reducen a 15 muertos y 19 heridos y D. Tadeo Tormos, capitán de Artillería, que lo está gravísimamente, y es muy acreedor a las gracias de S. M.: y de que los enemigos han tenido más de 150 muertos y 287 heridos.»

Desde luego, el general Ricardos había conseguido el objeto principal que le llevó al campo enemigo de Mas-Deu. Pero lo que nos interesa hacer presente en este trabajo es que, después de la victoria española del campo de Mas-Deu, si los españoles se habían retirado a descansar al campo de Boulou, los franceses derrotados se habían acogido a los muros de Perpiñán. Los ejércitos de la Revolución no habían podido, en el presente caso, lanzar sus masas al grito de ¡Viva la Nación!, ni a las vibrantes notas de La Marsellesa. Los soldados del rey de España habían podido contener todos sus impulsos y vencer su resistencia, obligándolos a retirarse precipitadamente. El ejército español había dado muestra de cómo era posible vencer al francés. Frente a un ideal en plena expansión, otro firmemente mantenido. Ante un impulso violento, una tenaz resistencia.

«Los oficiales generales, jefes de los cuerpos, oficialidad y tropa, manifestaron generalmente su acierto, serenidad y acostumbrado valor y constancia —daba cuenta el general Ricardos—. Cuatro horas cumplidas de un vivo fuego de la artillería mejor servida, no hicieron retroceder a ningún cuerpo, y tuve la satisfacción de ver que unas tropas sin ninguna práctica en las grandes maniobras, pude hacerlas variar la formación según conviene, sin que el fuego enemigo las perturbase; la caballería posó de la derecha a la izquierda, algunos cuerpos dos veces. La artillería se sirvió con destreza, acierto y valor brillante, particularmente por los mencionados D. Joachin Mendoza, teniente coronel graduado y capitán de dicho Cuerpo, y D. Luis Power, teniente.»

¡Los generales y los soldados españoles sabían muy bien cómo podía vencerse a los de la Revolución!

NOTA FINAL.—De conformidad con la información proporcionada por la *Gaceta de Madrid* del 28 de mayo y del 31 del mismo, hemos fijado como fecha de la batalla de Mas-Deu la del 19 del mismo mes que señala el general Ricardos. Pero hemos de hacer observar que Luis de Marcillac, Fervel y el general Gómez de Arteche dan la del día siguiente, sin que hayamos podido darnos cuenta de la razón de esta discrepancia.



**GUERRA DE ESPAÑA CON LA REVOLUCION FRANCESA**  
**BATALLA DE MAS-DEU**

Ejército Español  Escala  Ejército Francés

